

Primera parte

Carmen de Burgos, viajera

1

Libros de viaje

En 1909 Carmen de Burgos escribía en su breve autobiografía publicada en la revista *Prometeo*:

No comprendo la existencia de las personas que se levantan todos los días a la misma hora y comen el cocido en el mismo sitio. Si yo fuera rica, no tendría casa. [...] Una maleta grande y viajar siempre (Burgos, 1986: 24).⁷

Y, a pesar de no haberse enriquecido nunca, la escritora siempre tuvo la ocasión de viajar durante un cuarto de siglo, a partir de su llegada a Madrid. Sus escritos de viaje se configuran, ante todo, como una muestra de un gran conocimiento enciclopédico en varios campos. Los textos que se van a analizar, y sobre todo sus libros de viajes, son misceláneas de varias disciplinas, nacidos de la experiencia directa de su visita: arte (en todas sus formas, pintura, arquitectura, música...), historia (personajes ilustres, acontecimientos históricos importantes, largas digresiones), artes performativas (teatro y baile), religión, política, costumbres y lenguas. El lector no puede evitar quedarse maravillado por el enorme conocimiento de la autora y, sobre todo, por su curiosidad: al viajar siempre cuenta haber descubierto cosas nuevas y haber ampliado su saber. Es una viajera y una exploradora incansable de lugares y de campos de conocimiento.

Por ello, en estas páginas, se entremezclan dos voces distintas: «Colombine employed two kinds of narrative voices commonly found in female travel books: those of the cultural historian and the adventurer» (Jenkins Wood, 2014: 347).

Según Concepción Núñez Rey (2010), son un documento que nos permite tener también un esbozo biográfico de Carmen de Burgos, puesto que se encuentra alguna anécdota sobre su vida, sobre experiencias pasadas, su opinión acerca de asuntos controvertidos como la religión y la educación, y también referencias a su relación con Ramón Gómez de la Serna. Sin embargo, sus intenciones son diferentes: contar costumbres y culturas

europeas —no sin compararlas con las de su país de origen— como es en el caso de *Por Europa*, *Cartas sin destinatario* y *Mis viajes por Europa*; disertar sobre los aspectos negativos de un país no europeo (*Impresiones de la Argentina*); y, en el caso de sus artículos de guerra, compaginar el relato de sus experiencias directas del conflicto y estimular reflexiones sobre diferentes temas (pacifismo, condición de la mujer). También Núñez Rey (2010: 5) repara en esta mirada de la autora:

En su contemplación, la autora superpuso muchas miradas: descriptiva, analítica, sentimental, ética, comprometida, estética. También rompió muchos límites en ese peregrinar, con una acción pionera en muchos aspectos, los mismos que hoy se aceptan como parte del funcionamiento normal de una sociedad avanzada.

Tienen obviamente muchos rasgos en común que van formando la que será su *mirada*, su forma de viajar y entender el viaje, que se irá perfilando a medida que avancemos en el recorrido por estos textos.

1. Por Europa (1906)

Por Europa es el primer gran libro de viajes de la autora, publicado por la editorial Maucci en 1906⁸. Esta obra «se sitúa entre lo epistolar y diarístico [...] plasmando un estilo ‘impresionista’ (desde la subjetividad, con preguntas retóricas, numerosos adjetivos, etc.)» (Pujante Segura, 2018: 91) y está compuesta por 55 cartas dirigidas a Don José Ferrándiz, sacerdote, periodista y escritor anticlerical español⁹, a quien está dedicada la obra. A lo largo de ella, de hecho, se encuentran varias digresiones sobre las máscaras y contradicciones de la religiosidad, y sobre cómo el catolicismo ha perdido el mensaje cristiano de sus orígenes. El conjunto de las cartas se divide en tres partes: la primera trata sobre su viaje a Francia, la segunda y tercera se ocupan de su viaje a Italia y la vuelta a España.

En la primera parte, en la que se describe la salida de España hacia Francia, la autora reflexiona sobre el significado de los viajes, afirmando que «el espíritu que nos anima es cosmopolita» (Burgos, 1906a: 9). Para la

7 Esta «Autobiografía» está incluida en el volumen *Mis mejores cuentos* (Burgos, 1986: 24).

8 <https://www.cervantesvirtual.com/obra/por-europa-impresiones-francia-italia-1129781/>

9 En la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana. Etimologías*, publicada en Barcelona por los Hijos de J. Espasa en 1924, concretamente en el Tomo XXIII, p. 889, hay una entrada dedicada a Ferrándiz.

autora todos los pueblos son hermanos, y todas las dinámicas que caracterizan a la humanidad —incluso la guerra— son signo de que pertenecemos a una misma «raza» y que tenemos los mismos anhelos e inquietudes. Lo único que le da pena es dejar a su familia, aunque, observando el paisaje de Castilla y sus severos monasterios, recuerda los atavismos religiosos que son un obstáculo para la entrada de las nuevas corrientes de pensamiento, mientras que el viaje supone abrirse a nuevos horizontes:

¡Oh! ¡Qué atavismos pesan sobre nuestros espíritus! Marcho en busca de horizontes amplios, de luz, de colores, de vida, y llevo como pesado fardo del viaje todos estos recuerdos lúgubres de la historia! Quizás si borrásemos todo el pasado, si no les enseñásemos a nuestros hijos tantas miserias, les haríamos mejores y más felices! (Burgos, 1906a:14)

Cruza el País Vasco y los Pirineos, mientras la acompañan, según descubrimos, su hija y un libro de su amado poeta Heine, evocado, como veremos, en todos sus escritos de viajes. Siente tristeza al cruzar la frontera con Francia, pero hay que seguir adelante, andar hacia una nación «grande sobre toda grandeza, porque de ella han partido los vientos benditos de libertad que vivificaron al viejo mundo, derribaron tronos y tiranos y estremecen aún a las naciones»¹ (1906a: 18).

Al llegar a París, el movimiento ensordecedor del progreso —máquinas eléctricas, trenes, automóviles, coches— les da la bienvenida. Ha llegado en unos días históricos para la ciudad, puesto que está teniendo lugar el Congreso contra la tuberculosis, lo cual permite a la escritora expresar su fe en la ciencia contra los fanatismos y la inconsistencia de la religiosidad:

¡Es tan triste que el genio pase como un relámpago por la tierra, que apenas revelado lo troncha la descomposición de un cerebro! ¡Es tan triste ver morir a los niños, contemplar las doncellas en la época de los sueños de rosa destinadas a las nupcias de la tumba! Se ha hecho un ideal de muerte en casi todos los pueblos; se inventó la inmortalidad para halagar la soberbia y encadenar más el espíritu, anonadado ante lo incomprensible. Un gran poeta exclamó:

1 La importancia de *Por Europa* radica también en el papel que desempeñará Francia en la visión de la modernidad que la autora plasmará posteriormente en sus novelas, especialmente en aquellas con alusiones francesas, como señala con acierto Pujante Segura (2018). Resulta asimismo significativo, en el marco del presente estudio, que fue precisamente a partir de ese viaje a Francia en 1905 cuando Colombine se entregó al mundo de la ficción, «especialmente el de sus cuantiosas novelas cortas» (Pujante Segura, 2018: 91).

«los que mueren jóvenes son amados de los dioses», y el cristianismo canta con lirismo dulce, la «muerte del justo». Pero el ideal moderno no es ya un ideal enfermizo; vislumbramos la verdad, el misterio empieza a descorrer sus gasas, luz solar ilumina las nebulosidades del jeroglífico y el mito y no hemos de seguir entonando himnos a la muerte en una literatura cobarde. Nuestro ideal es la Vida, la Vida en toda su plenitud, con todos sus goces ó placeres tristes. (1906a: 28)

En la carta IV se encuentra recorriendo las calles de París, que «no es una ciudad, sino el conjunto de muchas ciudades»; es un conjunto de movimiento, arte, pasando por la enorme red de calles y los «subterráneos inmensos del Metropolitano, esas modernas catacumbas del progreso, iluminadas por la luz eléctrica» (1906a: 36).

De aquí en adelante sus cartas sobre esta ciudad se llenan de detalles sobre arte, sobre las muchas estatuas que pueblan los rincones, y no faltan pinceladas sobre quien está representado o los detalles técnicos sobre una obra de arte. Así aprovecha para hablarnos de la figura de Juana de Arco, heroína nacional de Francia, y de Guy de Maupassant, escritor «vicioso, soñador y artista» (1906a: 42), para terminar esta parte hablando de los arcos de triunfo, gran afición de los franceses, que celebran tanto las victorias como las derrotas.

De París, le interesa sobremanera la vida nocturna, siendo una ciudad donde la diversión reina soberana, en los matinées, bares, teatros, cabarets, etc. Pasa luego a describir todos los museos de la ciudad. Muchas obras españolas se conocen en todo el mundo gracias a estos museos. No aprecia particularmente el teatro, pues se representan dramas de escasa calidad, en su opinión, y tampoco le agradan algunas inspiradas en Cervantes, como la versión teatral de Don Quijote realizada por Jean Richepin. Pero su contacto con el mundo del arte no se limita sólo a las obras, sino que mantiene relaciones también con los artistas: en los *vernissage* —fiesta, como dice ella, muy *chic*— tiene ocasión también de intercambiar opiniones con los artistas y hablar de las vidas de grandes como Ingres y Manet. Uno de los intelectuales que visita y con quien tiene más vínculos de amistad es Max Nordau, médico, periodista, socialista y líder sionista húngaro, con quien comparte la admiración por su amado poeta Heine. De hecho, dice que habría que aprender alemán solo para poder disfrutar de su poesía. Nordau se convertirá en el referente de la autora en lo que atañe a sus ideas socialistas y sionistas (Pujante Segura, 2018: 90). Visita también al político

Alfredo Naquet, autor de la Ley del divorcio en Francia y en su casa tiene contacto con otros intelectuales, entre los cuales se encuentra Jean Jaurès, líder socialista.

Su recorrido por el arte de París sigue con una descripción de los cementerios de la ciudad. Describe detalladamente el de Père Lachaise, «cementerio predilecto de la música» (1906a: 92), donde descansan grandes músicos como Talma, Tamberlick, Chopin, Bellini y Rossini. En Montmartre le sorprende la humildad de las sepulturas de otras grandes personalidades frente al boato de los túmulos burgueses: encuentran una sepultura bastante modesta de Gautier, de Dumas y... ¡de su Heine! Por fin lo encuentra en su humilde busto blanco. No podía concluir las detalladas descripciones artísticas sin mencionar las iglesias, entre las cuales describe el atípico templo de la Iglesia de la Magdalena, y, sobre todo, evocando las intensas páginas de Victor Hugo, la catedral de Notre Dame.

La curiosidad por seguir la multitud que entra en un pequeño edificio en las orillas del Sena la lleva a un famoso depósito de cadáveres en espera de identificación: La Morgue. La visión de aquellos muertos no reconocidos despierta en la autora un sentimiento de injusticia, que le hace escribir líneas ásperas sobre la vileza que rodea al fenómeno de la prostitución, puesto que probablemente una de las jóvenes allí enterrada era una prostituta, fallecida sin despertar el menor interés por nadie:

Se cree que la joven expuesta perteneció a ese ejército de mujeres que pasa todos los días a nuestro lado con una impudicia sin ejemplo; porque lleva el sello de sus pinturas y sus ropas. [...] ¡Nadie viene a reclamarla! Sus compañeras pensarán que ha levantado el vuelo a otro barrio para reaparecer de nuevo con el suyo cuando el capricho de un señor haya pasado. ¡Cuántas de estas infelices perecen del mismo modo! ¡Asusta pensar que no hay una persona que se preocupe de ellas! Un cadáver insignificante que nadie ama ni nadie busca y ante el cual pasamos con indiferencia o repugnancia. [...]

La mujer honrada que huye de su contacto sin tenderle una mano salvadora, la esposa que enseña imprudente su felicidad, la dama que la deslumbra con su lujo, los hombres que ponen precios a sus encantos, el Estado que reglamenta el comercio de los cuerpos como industria... la sociedad entera es la culpable. Yo quisiera que todos contemplasen estos lúgubres cuadros de miseria que hacen despertar bruscamente los dormidos sentimientos humanitarios y protestar de las injusticias sociales. (1906a: 119)

Notamos, de hecho, a partir de la carta XIV (donde se halla la citación precedente) un cambio de mirada de la autora, que pasa de centrarse en el arte a tocar puntos meramente sociales y políticos. En la Carta XVI, por ejemplo, describe el encuentro con la hermana de un joven anarquista encarcelado, sospechoso de haber intentado, junto a otros jóvenes, un atentado. Carmen de Burgos hace hincapié en la injusta acusación al joven, contra el que no hay más pruebas que sus claras tendencias políticas, y el brete en el que lo han puesto los periódicos. En el proceso, la lectura de unas actas de acusación interminables provoca la protesta del público presente. Afortunadamente, el interrogatorio fue favorable al joven y a los otros acusados, que van hacia una probable absolución.

Lo que ha echado en falta Carmen de Burgos en esta ciudad, o sea, el contacto con la naturaleza, lo encuentra en Niza:

[...] prefiero este ambiente de Niza a todas las decantadas bellezas y placeres que guarda París entre sus húmedas neblinas, y este mar tranquilo donde se respira a pleno pulmón y reposan los ojos fatigados de contemplar las aguas del siniestro Sena (1906a: 133)

Esta paz y este mar hacen que la escritora evoque su paraíso perdido de Almería, lo cual la lleva a reflexionar sobre la igualdad de los sentimientos entre hombres y mujeres:

Yo he evocado aquí el recuerdo de una pequeña playa andaluza, perdida frente a la costa de África, donde corrieron los días más hermosos de mi existencia. Tal vez por esto he pensado en la felicidad de la vuelta a la Naturaleza que ha seducido a tantos filósofos y artistas. ¿Pero se podrá ser feliz volviendo al seno de la Naturaleza ó se necesitará no haber salido de ella? ¿Dónde podemos ir ya con este fardo de recuerdos, de anhelos y de dudas? Cuando el espíritu de investigación se apodera de nosotros, ya no hay felicidad posible...

Esta certeza ha hecho asomar una lágrima a mis ojos. ¿Por qué negarlo? ¿Puede tacharse de debilidad femenina teniendo un corazón que ame, admire y sienta? No, es preciso que nos acostumbremos a que lloren los hombres sin avergonzarse y que las mujeres sueñen.

El estoicismo apaga los sentimientos generosos y es un lento narcótico que eleva y mata el espíritu de los pueblos. Hay que tener ideales para ser grandes; hay que ser locos como D. Quijote, si aun se llama locura la sublime hidalguía del honrado caballero de la Mancha. Para despertar estos sentimientos, para pensar y sentir, no hay nada como oxigenar el espíritu y el cuerpo en el seno

de la Naturaleza [...] para despertar nuevas energías, ideales nuevos y sentimientos puros. (1906a: 134-135)

En Niza encuentra un ambiente alegre, aunque marcado por el contraste entre los barrios ricos y los pobres. Estamos ante un paraíso del divertimento, que será evocado en varias novelas como *El permisionario*, de la que nos ocuparemos después. El ambiente de Niza hace obviamente que la mirada de la autora sea diferente, pues describe, más que obras de arte y arquitectura, las actividades de diversión, como por ejemplo el Casino. La afición al juego de azar nace de la proximidad de Monte Carlo. En la cosmopolita calle principal, la «Avenue de la Gare», se encuentran los comercios y los periódicos. Cabe destacar, por su riqueza histórica, que es aquí donde la autora nos da las primeras noticias de la Revolución Rusa de 1905, en cuya victoria confía:

Sigo con interés la suerte de los revolucionarios rusos, sin fe en su triunfo hoy, mártires de una nueva religión, que sólo piensa en librar a los otros de los males que ellos sufren. Su pensamiento está en las generaciones que vienen; por ellas se inmolan y luchan. (1906a: 139)

También por los telegramas expuestos en los escaparates sabemos del asentamiento en la presidencia del Consejo de Moret, lo cual hace soñar a Carmen con la ampliación de los derechos y las leyes que España necesita para su evolución.

Su recorrido por esta zona sigue con las Arenas de Limies, las célebres grutas, la vegetación... No se olvida de observar a las personas. Habla de una señora de aspecto burgués que da de comer a sus perros «viandas succulentas» entre besos y ternuras. La visión indigna a la escritora, que reflexiona sobre qué empuja a las personas a preocuparse tanto de los animales y dejar morir de hambre al prójimo, sobre todo en una ciudad que tiene tan marcada la diferencia entre barrios ricos y pobres como Niza.

De Niza se mueve hacia Mónaco, donde las bellezas naturales son oscurecidas por el recuerdo de la época feudal, aunque la autora da algunas pinceladas sobre la sabiduría y la cultura del Príncipe Alberto. En Montecarlo habla del gusto oriental de la arquitectura de su Casino y describe la función sagrada del juego, con sus ritos y códigos. Pasa allí la Nochebuena y, como hace de vez en cuando en sus escritos, evoca el dulce y triste recuerdo de su casa, con el cual cierra la primera parte de este libro: «Mi es-

píritu se dilata; esos que juegan ahí dentro son lo *menos*; los *más* son estos: los que trabajan, los que luchan, los que aman...» (1906a: 166)

Su viaje por Italia, «la tierra de mis ensueños» (1906a: 167), empieza en Génova con un pintoresco retrato: el de los pescadores y los emigrantes en el puerto. En la «ciudad de los callejones» la gente es muy parecida a los españoles: abierta, gritona. El defecto de Génova desde el punto de vista estructural y arquitectónico es la demasiada aglomeración, pero de ella admira los grandes y suntuosos palacios que llevan el nombre de sus dueños, así como la prestigiosa universidad. La semejanza con España se nota también por la religiosidad opulenta: las iglesias son enormes y muy ricas, nota con contrariedad.

En Pisa son etapas obligatorias el Duomo, la célebre torre inclinada y el Baptisterio, aunque también visita lugares menos conocidos, como la casa en la que nació Galileo. La visita a las Iglesias, con sus célebres pinturas que enseñan un Dios de guerra, con sus santos matando moros en España, proporciona a la autora la ocasión de hacer otra dura reflexión religiosa para su destinatario, que es anticlerical como ella:

Estos templos donde se santifica la guerra no los comprendemos ya los que en religión humanitaria aspiramos a la fraternidad universal. Jesús dulce, inofensivo, humilde, reprendiendo a su discípulo por haber desenvainado la espada, no pudo pensar jamás que la cruz de su martirio fuese enseña guerrera y que con su nombre se quemara y martirizara a las gentes. Los discípulos del que predicó la paz, son guerreros; los ministros del que vivió pobre, atesoran riquezas; los imitadores del que perdonaba los pecados, son intransigentes... Viendo esos trofeos guerreros, estos templos soberbios en cuya puerta los pobres hacen oficio de la mendicidad, mientras en el interior se comercia vilmente con los fieles, no puede menos de pensarse que el Cristianismo murió con Cristo y que nos han servido después una indigna mixtificación. (1906a: 192)

Sin embargo, de toda obra artística hace una descripción detallada —como la de las pinturas de Cimabue en el Duomo— y la admira; pero admite que la belleza de Pisa no puede ir más allá de su arte: la gente es indolente como los andaluces y no se han dejado contaminar por la civilización moderna.

Las siguientes etapas tienen como destino Liorna, donde debe quedarse para esperar su escasa pensión de la Junta de Ampliación de Estudios, y la Isla de Elba, que le da ocasión de hacer una breve digresión sobre la historia de Napoleón.

Llega ya a Nápoles, ciudad que ocupa un lugar privilegiado en su imaginario, y que define como «La Andalucía italiana» (1906a: 213). De hecho, todavía en el departamento del tren observa ya a los lugareños y nota la diferencia que hay con la gente del Norte de Italia: «Aquí todos cantan, todos discuten, todos charlan a un tiempo, hay un brusco contraste con las costumbres del Norte de Italia.» (1906a: 215). Con esta sensación de familiaridad y notando la gracia de los trajes de las mujeres, entra en la ciudad y esta gana su corazón. Es una ciudad de grandes barrios, donde todo es grande, incluso la alegría que se respira. Encontramos en las páginas sobre Nápoles unos ejemplos significativos de cómo las descripciones de Carmen de Burgos se llenan de impresiones de vida, de sensaciones intensas:

Se siente en el aire una ligereza que lo hace alegre, musical, por decirlo así; no tiene la triste pesantez de la atmósfera de Pisa, más oxigenado, comunica vida, fuerza, actividad, regocijo; se comprende que aquí todo el mundo cante, ría, chille y viva en medio de la calle; está en el ambiente la alegría: hasta los ingleses y alemanes cantan la *tarantela*. (1906a: 218)

Su atención hacia las personas la lleva a hacer un retrato tanto grotesco cuanto preciso de los italianos de esta ciudad, sobre todo cuando comen un plato típico que todavía no se conocía en España, la *pizzia* [sic], y unos extraños *macarrones* que comen con las manos. Lo extravagante de estas personas reside también en la religión, exagerada, cargada de un fanatismo hacia la imágenes que logra sorprender a una española: cada rincón de la ciudad está lleno de Cristos y *madonas*. La riqueza de las iglesias desconcierta otra vez a Carmen de Burgos ante la miseria en la que vive la gente, a pesar de la fecundidad de la tierra favorecida por el clima:

¡Apena la miseria del pueblo en un país tan rico! Iglesias y museos guardan millones; la tierra florece sin esfuerzo; el subsuelo encierra maravillosas riquezas; el cielo está enamorado de la más bella ciudad que alumbra... y sus hijos padecen la más espantosa de las miserias... como en nuestra Andalucía... (1906a: 222)

En Nápoles tiene también la ocasión de conocer a varias figuras intelectuales, entre las cuales se encuentra Matilde Serao, una de las primeras escritoras italianas en conquistar una posición pública y de prestigio, caracterizada por «un temperamento de luchadora» (1906a: 242), la cual coincide con Carmen en muchos puntos de vista, como en no terminar de identificarse con el movimiento que se define ya como «feminismo» y en

sus inclinaciones favorables hacia el divorcio². Sobre la amistad entre las dos escritoras ha hablado también Molina (2010).

Sigue su recorrido por la Villa Real, el Vesubio, las grutas de Posílipo y la visita de las tumbas de algunos de sus mitos, como Virgilio y, sobre todo, Leopardi, el poeta cuyo concepto de infinito evocará, como veremos, varias veces en sus escritos de viajes futuros³.

De la visita a Pompeya le marcan, obviamente, la bellezas artísticas de sus ruinas (como siempre detalladamente descritas), y la noticia de un templo construido por una mujer, lo cual la hace reflexionar sobre el sacerdocio femenino.

La tercera parte de la obra se abre con las impresiones de su viaje a Roma. Además de describir por pinceladas, siguiendo los monumentos que visita —El Coliseo, el Foro de Trajano y el Panteón, entre otros— recuerda la historia de Roma, observa el carácter cosmopolita de la ciudad y conoce a varios intelectuales como Gabriele D'Annunzio. Elogia, además, la gran cultura de las mujeres italianas y la seriedad de la prensa. Las feministas, además, son más equilibradas y dotadas de sentido práctico, contrariamente a los alborotos de las feministas españolas: dan conferencias y «tratan de reivindicar todos sus derechos civiles y hasta los políticos» (1906a: 342).

No podía terminar su estancia en la capital italiana sin pasar por el Vaticano y sus inmensos museos, donde contempla el eterno arte de Miguel Ángel. En Roma entrevista también a la reina madre Margarita de Saboya, a la que admiró por su sensibilidad y su espíritu liberal.

La siguiente etapa es Florencia, donde visita los *Uffizi*, el Duomo, el Campanile de Giotto y la casa de Dante. De aquí, Colombine pasa a Venecia, de la que conservará un recuerdo entusiasta por su mezcla de culturas «europea, turca y árabe» (1906a: 435), y cuyos sugestivos paseos nocturnos por las estrechas calles hacia San Marcos la impresionan, haciendo que su

2 Carmen de Burgos dedicará a la ilustre escritora partenopea Matilde Serao un artículo en el *Heraldo de Madrid* el 18 de abril de 1906. Está incluido en el volumen *Carmen de Burgos, Colombine, periodista universal*, preparado por Concepción Núñez Rey (2018, I: 294-297).

3 Es importante recordar el vínculo que Carmen de Burgos mantiene con Giacomo Leopardi, especialmente a raíz de su labor como traductora en España de este ilustre poeta italiano. Sobre su labor de traducción y estudio del poeta italiano, véase también Prieto Palomo (2010).

imaginación viaje con ella: será ésta seguramente una ciudad repleta de intrigas y amores.

Después de una breve estancia en Verona, que visita con el recuerdo obvio de los Capuletos y Montescos de Shakespeare, acude a la Exposición Internacional de Milán, donde la ausencia de España le dejará un poso de amargura, aunque esto no la sorprenda, conociendo el estado de atraso económico y social de su país: «Todas menos España. Nosotros no vamos a ninguna parte...» (1906a: 492). De la ciudad, admira la posición privilegiada, que la hace centro cultural, económico y comercial de la nación, pero también su arquitectura y urbanismo, rica en jardines, paseos y plazas.

La última carta describe la vuelta a España, pero omite los datos de la estancia en Suiza, que sólo menciona.

Ya de regreso a su país, plasma las últimas consideraciones entusiastas sobre sus recientes experiencias en la nación italiana:

Yo veo en Italia otra España, pero más joven, más fértil, más entusiasta que la nuestra; empecé admirándola y he acabado por amarla; algo de mi corazón queda en ella; mi deseo más vehemente es volver a soñar con el augusto silencio de la vetusta Pisa, en las azules orillas del golfo napolitano, en las melancólicas alamedas de Florencia, las lagunas venecianas y el incomparable Coliseo de Roma... (1906a: 496)

Hace escala en Barcelona, donde visita al Editor Maucci, a quien posiblemente entrega el manuscrito de *Por Europa* que hemos examinado hasta aquí. Ya el catalanismo no la asusta, después de haber tenido experiencia del federalismo plurilingüe y multicultural de Suiza.

En esto se condensa el sentido del viaje que la autora vislumbró al principio de esta aventura: todo sentido del viaje está en tener nuevos ojos a la hora de regresar. La vuelta a casa significa también el descanso junto a su amada familia, quien la acoge a su llegada en Almería, la *patria chica*, antes de empezar de nuevo su lucha:

Dentro de pocos días estaré de nuevo en Madrid; ahí me espera el trabajo, la constante lucha... la eterna rebeldía que levanta mi pensamiento contra el terrible fardo de prejuicios, convencionalismos y miserias que nos oprimen.

Luchar contra esa montaña, resquebrajarla, abrir en ella surcos para que germinen la Justicia y la Libertad, es un empeño semejante al que hizo salir a D. Quijote a los campos de Montiel. Lo sé. Sé que las fuerzas de una mujer no

removerán la montaña, pero acaso le arranque un grano de arena y enseñe a otros el camino... La lucha es vida y yo siento el ansia de vivir. (1906a: 502-503)

2. Cartas sin destinatario (1912)

Este segundo gran libro de viajes⁴ se diferencia bastante del anterior, puesto que, al leerlo, se aprecia un aumento de los periodos reflexivos, como indica Núñez Rey (2005: 306), que percibe también otro elemento novedoso: Carmen de Burgos se dirige a un interlocutor, pero, a diferencia del anterior, éste no es identificado, y se oculta detrás de los pronombres *tú*, y *ti*, que aparecen de vez en cuando en medio de las descripciones. Esto acerca el texto, atendiendo siempre a Núñez Rey, al género epistolar, muy unido a la primera persona narrativa.

Al principio del libro, Carmen de Burgos parece incluso dar una pista acerca de este misterioso interlocutor, pues finge contar los sucesos del viaje a un «genio familiar que vive en nosotros y lejos de nosotros», pero ya durante su excursión por el litoral belga deducimos que se trata de una persona concreta por las reflexiones que le dirige acerca de sus sentimientos:

Yo he sentido celos pensando en ti, en el bien amado; me ha parecido que la veías, que me eras infiel como todos esos hombres a sus amadas, y he tenido miedo de no saber perdonar. (1912a: 15)

Buscar entre el misterio del anochecer los recuerdos que yo amo; tal vez buscarte a ti en la ciudad silenciosa donde paseo sola mi tristeza. (1912a: 20)

Atendiendo a las citas, se va revelando la identidad de Ramón Gómez de la Serna, así como la pasión que existía entre ambos (Núñez Rey 2005: 307). Sobre la historia entre Carmen y Ramón, quienes compartieron durante veinte años vida, viajes y escritura, ha hablado también Ubach Medina (2010).

Por lo que se refiere a su estructura, esta obra es similar a los otros grandes libros de viaje. El comienzo coincide con el arranque del viaje e incluye unas reflexiones acerca de los conceptos de patria, fronteras y culturas. En el desarrollo, o parte central, ofrece información detallada de sus recorridos, y en la parte final, reflexiona sobre la vuelta a casa.

4 Valencia, Sempere, 1912. Hay edición digital en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: <https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc1129778>.